

xiones; podríamos extendernos más, pero nos damos cuenta de que a nuestro pan aún le falta horas en el horno. Queremos tan sólo terminar diciendo: en América, en general, nuestros creadores viven de frente a la realidad, aman y se desvelan por sus pueblos, viven sus luchas y sufren sus llagas. De esto nace que la literatura y el arte americanos de este siglo sean realistas por su contenido, nacionales por su forma, populares por su carácter.

Que podrían ser mejores, con mayor maestría del oficio, y con una mayor profundización en la realidad, no lo niego, pero que en el último cuarto de siglo la novela, la poesía, la pintura de América han dado un nuevo paso poderoso hacia la cumbre, también es cierto. Estamos a las puertas de nuestro Siglo de Oro. Nuestras culturas, todavía arcaizantes, todavía incipientes, ya se muestran promisorias como para crear en su inmediata y magnífica plasmación. Debemos, entonces, conocernos más, vincularnos más, entendernos mejor. Somos una familia de pueblos y no podemos permitir que nos mantengan en compartimientos estancos. Cuanto más nos conozcamos, mejor nos irá en nuestra marcha, tanto hacia un futuro mejor como hacia un arte más elevado.

Termino así. Quiero pedir a ustedes disculpas. El solo oficio que domino, a medias, es el de novelar. Me es mucho más difícil expresar cuál es la motivación interior, ideológica, con que lo concibo.

Tal vez, eso sí, algunas de las ideas aquí expuestas puedan dar origen a un encadenamiento de reflexiones que conduzcan a un nivel más elevado de comprensión de los problemas del arte.

JORGE GUZMÁN

TRADICION Y TAREA*

SEA CUAL sea la posición teórica que se adopte sobre lo que es o debe ser la literatura, los primeros pasos por ella son un problema estrictamente personal y angustioso.

*El presente trabajo es, simplemente, una exposición de puntos de vista destinada a servir de apoyo a una conversación. Las precisiones

que el tema requeriría en otra clase de trabajo son, pues, innecesarias aquí.

Muchas cosas son necesarias para escribir y el medio presiona de diversas maneras al principiante para que valore y cultive unas, y las demás le vendrán añadidas. "Sea usted honesto, esa es la base". Y se pone uno a la inquietante tarea de ser honesto; pero cuando ya está todo preparado para partir en busca de El Dorado de la honestidad, uno advierte más o menos oscuramente que no, que eso se dice fácil y quizá sería también sencillísimo de hacer, pero con una condición: que se sepa sobre qué se ha de ejercer tal virtud. En estas circunstancias, lo único que cabría hacer para ser honesto sería repetir interminablemente: estoy desorientado, estoy desorientado... hasta la desesperación. Es que el ejercicio de las virtudes necesita una materia. Sería terrible convencer a un niño de cuatro años de que debe practicar la castidad.

Entonces: "Adquiera usted el oficio, domine la técnica". Y uno adivina que eso es verdad por fin, que es necesario dominar antes el instrumento. ¿Cómo va a poder escribir el que no sabe escribir?

Personas bien intencionadas y sabedoras de que nada se consigue sin un largo y agotador esfuerzo, citan en beneficio del recién iniciado el ejemplo edificante de escritores famosos que trabajaron ocho horas diarias, con admirable continuidad, día tras día, hasta morir. Desesperado por ejercitarse, altamente interesado en sí mismo, el incansable aprendiz echa por fin mano de lo más inmediato: su cruda subjetividad. Puesto que la siente, que le interesa y que suele interesar a otros que están en la misma tarea, ella debe ser importante. Pero afortunadamente el aire suele hacerse pronto irrespirable en la región del propio yo solo, interesante y sufriente. No, tampoco esto era verdad. Una forma de tan limitada materia tiene que agotarse en poquísimo tiempo.

Entonces "Sumérjase usted en la vida; bucee en la realidad: todo lo que se aparta de ella, muere". Es curioso notar el carácter líquido que suele tener la vida o la realidad para sus recomendadores.

El futuro nadador apresta de nuevo su ánimo, ahora para una inmersión. Pero sucede que la realidad es eso que está ahí, eso mudo, nada líquido, sino más bien completamente impenetrable, que sólo a veces hace pequeñas señales, llamadas instantáneas que, cuando cesan, dejan todavía más callada su áspera superficie. ¿Dónde está, pues, la realidad que franquea el paso? Realidad son estas calles que enmudecen en cuanto se quiere interrogarlas; estos hombres que, apenas se los mira como parte de esa realidad viva y fecunda que debería entregarnos la belleza, se aplanan, se hacen indiscernibles unos de otros; estos campos, estos animales insigni-

ficantes. No, tampoco es esto; vida y realidad son magnitudes demasiado grandes para que un hombre desnudo bucee en ellas.

Bien, ciertamente las líneas anteriores son una simplificación demasiado burda. Una pura abstracción que sólo refleja vagamente lo que en verdad ocurre. Sin embargo, hay una cosa cierta: del examen de los conceptos de honestidad, vida, realidad, belleza, arte, técnica, etc., no puede derivarse nada que autorice la creación, que le dé seguridad a nadie sobre la calidad del suelo que está pisando. Yo no niego que todos los enunciados y otros más están presentes en una gran obra de arte y que, a la inversa, ninguna puede alcanzar una altura máxima sin poseerlos. Pero no es lo mismo lo que una novela necesita para ser grande que lo que su autor necesita para producirla.

¿Qué se necesita, pues, para escribir?

Hablando ahora con algo más de rigor, recordemos que ningún hombre está verdaderamente desnudo ni de una materia para la honestidad, ni de una técnica complejísima, ni de instrumentos para penetrar la realidad. Sin embargo, parece que la manera de operar del espíritu humano quiere que llegue al propio mundo en que siempre ha vivido y que lo ha formado, dando un largo rodeo. Se está entre cosas cuya faz es familiar, pero en cuanto se les hace la primera pregunta, se vuelven hostiles, lejanas. Entonces es necesario abandonarlas, salir a buscar los instrumentos que las obliguen a volver a ser nuestras y a mostrarse verdaderamente. Uno no conoce en realidad a sus hermanos hasta que ha convivido largamente con gentes extrañas.

Lo primero que hace el creador es perder su mundo. Este es hoy, creo yo, uno de los momentos más peligrosos para un escritor joven. Lo que a uno se le ocurre en seguida es aferrarse a lo que aún tenía ayer, apriornar el fantasma de su pequeño mundo enajenado. Para hablar con verdad, el hombre que se encuentra en este estado pierde casi completamente su apetencia de realidad, de verdad y hasta de belleza; lo más grande que tiene es el temor. Este, creo yo, es el momento de dirigirse a la memoria de la humanidad, a la tradición, al mundo que crearon o conocieron otros hombres.

A mí me parece que hoy día el camino del estudio sistemático y la meditación es indispensable para recobrar la realidad. Me explico: yo no tengo la menor duda de la posibilidad —por lo demás demostrada por la historia de la literatura— de que un talento lego produzca una obra genial. Pero hay que admitir que en las actuales circunstancias es bastante

difícil. En primer lugar, porque el escritor de nuestro tiempo es, además, teorizante de su propia ocupación creadora, y existe un fenómeno curioso: cuando no se sabe nada, se puede hacer mucho, pero cuando se sabe poco y confuso, no se puede hacer nada.

La palabra tradición asusta a algunas personas; les parece sentir olor a muerte cuando la escuchan. Pero la tradición, repito, no es sino el ofrecimiento que nos hacen, desde el tiempo, otros hombres, de los mundos que ellos crearon o enriquecieron. Ciertamente ese mundo no es totalmente el mío, pero lo es en un grado mucho mayor de lo que se cree. El pensamiento del hombre necesita, imprescindiblemente, puntos de referencia objetivos; sin ellos, gira interminablemente alrededor de sí mismo, empequeñeciéndose cada vez más. Pero hay otra cosa, y quizá más importante: también la intuición estética tiende a achatarse. Hoy hay más personas de las que se sospecha que se sorprenden honesta y razonablemente de la enorme atribución de valor que reciben los poemas homéricos, del mismo modo que todos hemos pensado, sin confesarlo, que Platón no merecía su fama, cuando nos dijeron que le parecía más real la idea de caballo que cualquier caballo concreto. Otro tanto con las geniales obras maestras viejas: creemos que es verdad cuando se nos dice que son inmensas, y hasta nos parece que su inmensidad estriba justamente en lo que nos agrada de su lectura; todavía más, nos parece que cualquier estudio cuidadoso de ellas nos convertiría en eso que llaman "eruditos" —término aborrecible que nos dispensa de muchos esfuerzos— y nos privaría para siempre del deleite que hasta ahora nos provocan.

La necesidad de tradición me parece hoy y aquí mucho más urgente que en cualquier otra parte. Chile fue hasta hace poco un país de conciencia literaria adánica; cada generación aparecía casi como reiniciándolo todo. La gran literatura es así imposible.

Para recobrar la realidad se necesita, pues, la tradición, que no está muerta como parece, sino solamente dormida.

¿Qué se necesitaba para escribir?

Seriedad, para decirlo de alguna manera. Valentía también. Fe, en una palabra.

Chile es un pequeño país; ninguna gran corriente de pensamiento se genera en él. Duele decirlo, pero la mayor parte de las cosas es hecha "a la manera de...", creo que con excepción de la mejor parte de nuestra poesía. Por lo tanto, los males culturales que nos aquejan, los más graves,

han sido importados también. Sólo la forma particular que aquí han tomado estos males, en que se han descompuesto, es chilena.

Desde hace ya bastantes años, nuestro mundo occidental está jugando, o pretendiendo que juega. Se me ocurre intercalar aquí una cita de Nietzsche: "No es la caridad lo que impide a los cristianos de hoy hacernos subir a la hoguera, sino su tibieza".

Repito; desde hace muchos años nuestro mundo occidental juega. Esto parece raro: recordemos un poco otros tiempos. El hombre de la Edad Media construía catedrales; no hablaba de las catedrales, no visitaba catedrales: las construía; y todos los habitantes de una región juraban no decir una palabrota mientras durara la construcción, y todos —siervos y señores— tironeaban las cuerdas de arrastre de los enormes bloques de piedra.

El hombre del Renacimiento destruyó un enorme porcentaje de obras de arte de la Antigüedad clásica, desarmándolas para construir sus palacios. Calvino quemó lentamente al formidable Miguel Servet pidiéndole, casi rogándole que se retractara, mientras el aragonés se asó respondiéndole que no, que él no estaba equivocado. Los esmaltadores alemanes asesinaron a un aprendiz porque descubrió casualmente una fórmula.

Todo esto hoy nos parece monstruosidades. Todo lo cuidamos, lo envasamos para preservarlo; si a alguien se le ocurriera destruir Santa Sofía, por ejemplo, se produciría un sentimiento de suave horror en todo el mundo. Hay que conservar. ¿Por qué conservamos? Porque en el fondo nada nos importa nada. La sustitución es un pecado.

Si alguien quisiera hoy hacer cambiar de idea a otro por la fuerza, los demás se horrorizarían. ¿Porque creen en algo? No. Justamente, porque no creemos en nada. Es triste decirlo, pero la única adquisición que parece haber hecho el hombre a través de lo que le conocemos de historia, es afirmar el derecho de ser tan indiferente y blando como le dé la gana.

Vivimos en una enorme bufonada. Si nos metemos dentro de nuestro corazón, todos reconoceremos que una vez cada cierto tiempo nos hemos sentido bufones al hablar de bien, belleza o verdad, y no sólo al hablar, sino también al realizarlos en nuestra modesta medida.

Hoy como nunca nos molesta la fe. Y cuando un hombre o un grupo de hombres que la tienen, que no están jugando, deciden llevarla hasta sus últimas consecuencias, nos escudamos detrás de la idea de caridad y los combatimos hasta matarlos. Yo, lo confieso con profunda vergüenza, he conocido uno o dos hombres movidos por la fe, y me he defendido de ellos encontrándolos de mal tono, intratables.

Un hombre sin fe no tiene fuerza, un hombre sin fuerza no puede crear nada.

Y aquí, concretamente, entre nosotros en Chile ¿qué sucede? ¿Cómo opera este triste juego, en que no se dice lo que se piensa, por miedo, ni se hace lo que se piensa, por conveniencia? Entendámonos; cuando yo digo que el miedo tuerce el camino de la lengua y la conveniencia el de la conducta, parece que quisiera decir que el hombre de hoy es un cínico, que tiene una escala de valores respetada, por lo menos, en su interior y otras dos que aplica a sabiendas cuando habla o cuando actúa. Pero no, no es eso; es que no tenemos valores de ninguna especie. Lo que ocurre es que cada circunstancia saca a luz un individuo nuevo, casual, hecho para esa circunstancia en particular y decidido a pasar por ella con la mayor comodidad posible. En otras palabras: hemos perdido nuestra posición en el mundo y cada accidente, por pequeño que sea, nos hace accidentales. No tenemos centro.

A veces —para seguir hablando de nuestra situación nacional— se invocan como causa de la angustia, de la soledad, de la esterilidad para decirlo de una vez, factores como la corrupción política y administrativa, la inseguridad económica. ¿Pero cómo puede ser que las fallas de una organización social que siempre ha sido fallada produzcan en un hombre sano otra cosa que el deseo de enmendarlas? La trizadura está, pues, en otra parte: faltan hombres sanos.

No tenemos fe. No tenemos, por lo tanto, valentía. No tenemos verdadera seriedad.

Nada nos es más ajeno que el deseo de aventura. Me explico. La necesidad de aventura es una cosa muy distinta del apetito de nuevas sensaciones. Este último lo poseemos en alto grado, y consiste en un debilitamiento de la sensibilidad que cada vez requiere más para excitarse. El otro consiste en un exceso de energía que quiere confrontar su fuerza con las cosas. En un país donde el año pasado se descubrió un enorme oasis y donde hay paisajes que nadie ha visto, silencios que nadie oyó, suelos que no ha pisado nadie, buscamos sensaciones y soluciones en lugares donde a menudo no hay más que ruido.

¿Qué se necesitaba para escribir?

Resumamos. Primero, se necesita tradición, es decir, un largo viaje por el conocimiento sólido y serio que nos devuelva la realidad perdida, que rompa la dura piel de las cosas o nos dé las armas para romperla y amarlas. Esto es tarea dura y sumamente fatigosa; al principio ahonda el abismo,

nos deja mucho más solos. Pero alguna vez se rinde y entonces la verdadera tarea está mucho más cerca.

Segundo, se necesita fe. Y ésta sí que es un verdadero trabajo. Porque no hay método para conseguirla. Se la puede desear ardientemente, sin embargo, y tantear hasta el infinito para encontrar la puerta, y seguramente se la halla. De aquí, creo yo, deriva todo lo demás y ésta me parece ser la tarea del escritor; por lo menos, yo digo que es la mía.

Quiero terminar haciendo una aclaración. El enjuiciamiento que contienen estas líneas y que podría prolongarse casi interminablemente, podría hacer pensar que yo creo haber hecho el viaje y tengo la fe. Me faltan ambas cosas.